

§ 161

Cristo, revelador de Dios (la Redención de Cristo por la palabra): su magisterio

1. Ya subrayamos antes que el *sacrificio de Cristo tiene primacía* sobre su doctrina y mandatos. Pero con el sacerdocio de Cristo están indisolublemente unidos su *magisterio* y su *reinado*. El Padre envió su Verbo personal a la naturaleza humana. El Encarnado es

la más fuerte y amplia Palabra del Padre, la última Palabra que habló al mundo. Lo que diga en el futuro no es más que ampliación y como eco de esta Palabra definitiva.

Cristo, en su aparición y obra, es la Palabra del Padre, dirigida y hablada al mundo. En El se hace conocer el ser y voluntad de Dios; es la vida divina haciéndose presente al mundo (*I Io.* 1, 2). Dios mismo se ha hecho visible en El (cfr. § 68). Es la *imagen del Padre*; quien le ve, ve al Padre (*Jo.* 14, 9); en su rostro se refleja el de Dios, que dirige su mirada al mundo en El. Es, pues, la revelación de Dios no sólo ni en primer lugar por sus obras, sino por su existencia misma y por sus obras, aunque lo sea también esencialmente por su palabra. En este sentido se llama a sí mismo *Verdad* (*Io.* 14, 6). Lo que no sólo significa que siempre dice lo verdadero sin mentir, sino, sobre todo, que en El se ha revelado la realidad de Dios. La Verdad significa en el Evangelio de San Juan la realidad de Dios revelada a los hombres. Cristo es la Verdad en cuanto que en El se nos ha revelado la realidad divina, inaccesible para nosotros. Cristo, a la vez, es la realidad de Dios revelada a nosotros, es el camino hacia la impenetrabilidad de Dios. Y como Dios es la Vida y la fuente de la Vida, Cristo, que es la realidad divina revelada, es también la Vida. En el mismo sentido, es también la Luz (*Io.* 8, 12). Cristo revela a Dios existiendo y obrando; es la revelación por antonomasia y después de El no hay otra (*Hebr.* 1, 11-12). Cosa que el mismo Cristo expresa al usar expresiones como "yo soy" (cfr. Stauffer, artículo *Ego*, en *Kittels Wörterbuch zum NT*, II, 350-52; E. Gaugler, *Das Christuszeugnis des Johannesevangeliums*, en *Jesu Christus im Zeugnis der Heiligen Schrift und der Kirche*, 1936, 67).

La revelación más importante de Dios mediante la obra de Cristo es la *muerte en cruz*. En la cruz se hicieron visibles el amor y justicia de Dios, su santidad y misericordia, aunque no en su esplendor desvelado, sino en signos.

2. Y esto vale igualmente para toda la revelación de Dios a través de Cristo: no ocurrió por desvelamiento y patentización de la gloria de Dios, *sino en signos que a la vez desvelan y velan*. Cuando Dios se revela en Cristo, se nos revela su sabiduría (*I Cor.* 1, 24; 2, 7).

La sabiduría de Dios se ha aparecido en Cristo (*I Cor.* 1, 30); en El están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (*Col.* 2, 3). La sabiduría de Dios es sabiduría de la Cruz (*I Cor.* 1, 23-24).

Es distinta de la sabiduría de este mundo y siempre es incomprendible para el que cree locura lo que es en realidad sabiduría. Y viceversa: la sabiduría de este mundo es estulticia a los ojos de Dios (*I Cor.* 2, 7-11; *Rom.* 1, 21-22; *I Cor.* 1, 17-19; 3, 19-20; 4, 20). La sabiduría de Dios es un juicio sobre el mundo (*I Cor.* 2, 3-9; *II Cor.* 1, 12). A quien la conoce se manifiesta como fuerza (*I Cor.* 2, 4-5); transforma al que la acepta en imagen de la gloria de Dios (*II Cor.* 3, 18). Sólo puede ser conocida por el espíritu (*I Cor.* 2, 10; *II Cor.* 3, 18). (Véase G. Söhngen, *Der Wesensaufbau des Mysteriums*, 1938, 90-99.) Por ser Cristo la Verdad, en cuya virtud entra en nosotros el Espíritu de Dios, se inaugura con El un tiempo nuevo en el que se adorará a Dios en espíritu y en verdad. Lo que no quiere decir que la adoración verdaderamente interior y consciente venga a sustituir al simple movimiento de labios y a las palabras vacías de contenido, sino que significa una adoración estatuida por Dios y establecida por un orden (cfr. Bultman, *Aletheia*, en *Kittels Wörterbuch zum NT*, I, 242-48).

3. Cristo, pues, su aparición y obra, es la Palabra que el Padre habla a los hombres, la imagen visible del Dios invisible. Es la *protopalabra* y el *prototipo*. Es esta palabra e imagen lo que Cristo explica e interpreta salvíficamente en su predicación. No se puede separar su predicación de su persona. En su palabra resuena lo que es y lo que hace; en ella da testimonio de la Verdad (*Jo.* 5, 33; 8, 40, 45; 18, 37), es decir, nos explica y revela la realidad de Dios, inaccesible para nosotros sin El. Lo que es y hace está contenido en su palabra, en la que se nos revela el sentido de sí mismo y de su venida.

4. Lo que dice es una *buena nueva*, un *mensaje de salvación*. Es el mensaje del reino de Dios prometido a Abraham, el mensaje de la salud de los pueblos, fundada en ese reino de Dios. Como su palabra es eficaz, su mensaje de salvación es a la vez realidad salvífica: con El se ha instaurado el reino de Dios y su dominio. El poder del pecado de la muerte y del demonio ha sido quebrantado. Muerte y Resurrección son la victoria sobre esas fuerzas; quien se entregue a El por la fe, participará de esa victoria: tendrá parte en la Vida que se ha revelado en Cristo (*I Io.* 1, 2). Cristo es el Hijo de Dios. Tener parte en su vida significa, por tanto, participar de su filiación, es decir, ser incorporado a la vida interior del Dios trino. Sólo tendrá parte en la vida de Cristo quien

haya sido iniciado en el misterio de Cristo por el Espíritu Santo. El que viva en comunidad con Cristo quedará transformado en hombre nuevo. Y al nuevo ser corresponde un comportamiento nuevo: la imitación y seguimiento de Cristo, que se acredita en la entrega total y sin reservas al Padre, que está en los cielos y en el amor sacrificado, total y operante a los hombres. Los hombres nuevos, configurados y transformados por Cristo, constituyen entre sí una comunidad vital cuya cabeza es Cristo, cuya alma y corazón es el Espíritu Santo.

Si se echa una mirada al contenido esencial de la predicación de Cristo, se verá que revela el plan salvífico de Dios y da a conocer las perspectivas del hombre hasta el fin. A la vez ofrece así la *verdadera imagen de Dios y del hombre*. Dios es trino; se entrega a los hombres con amor infinito y en ese amor es a la vez santo y omnipotente. Su voluntad tiene validez incondicional; servirle es deber incuestionable; El es el sentido último de todo acontecer natural e histórico. La imagen de Dios está así libre de toda deformación en lo natural y en lo naturalmente condicionado. El servicio de Dios queda exento de todo egoísmo y utilitarismo y a la vez de todo miedo paralizador o terror supersticioso. En estrecha relación con la predicación de la verdadera imagen de Dios está la de la verdadera imagen del hombre. El hombre, rodeado de un amor y cuidado inimaginables, tiene un valor insustituible; no puede ser instrumento ni objeto de uso. Se logra a sí mismo únicamente en la comunidad. Pero no pierde su valor en el "nosotros" de la comunidad. Está destinado a la plenitud, pero sólo llega a ella cuando se supera a sí mismo y se incorpora al "Tú" de Dios para co-realizar su vida tripersonal. Es evidente que en la predicación de Cristo se trata de nuestra salvación. Se habla de la Trinidad de Dios para que se manifieste en nosotros la plenitud de vida a que hemos sido llamados por Cristo en el Espíritu Santo. Incluso esta realidad se nos ha comunicado no por sí misma, sino para nuestra salvación. La predicación de Cristo está sometida a la misma ley que la Encarnación: el Hijo de Dios bajó del cielo por nosotros y para nuestra salvación (Símbolo Niceno-Constantinopolitano; cfr. § 142). Cristo no habla nunca de la cultura terrena, pero al predicar la verdadera imagen de Dios y del hombre ha trazado una línea a la cultura (cfr. K. Adam, *Cristo nuestro hermano*, 1945).

5. La revelación de Dios ocurrida en la aparición, obra y palabra de Cristo, es comunicación no sólo *a modo de adoctrinamiento*

to, sino a modo de participación. La Palabra de Dios no es "sabiduría ineficaz de palabras, sino que el Verbo de Dios se revela desde la Cruz a los creyentes como poder del espíritu de Dios" (*I Cor.* 1, 17-18; 2, 4-5). (G. Söhngen, *Der Wesensaufbau des Mysteriums*, 1938, 93.) La palabra de Dios "es viva, eficaz y tajante, más que una espada de dos filos, y penetra hasta la división del alma y del espíritu, hasta las coyunturas y la medula, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón" (*Hebr.* 4, 12). Penetra en el hombre para transformarle y esclarecer su espíritu, para re-crear su corazón. Por eso la palabra de Cristo es también hecho salvífico (*Mc.* 1, 22; 7, 29; *Io.* 7, 46). Tiene fuerza sacramental. Cristo, palabra primera y originaria, es también el protosacramento. La fuerza divina con que influye en el yo humano es el Espíritu Santo (*Io.* 15, 26; 16, 13). El es quien da la vista y el oído necesario para ver a Dios en Cristo y escuchar sus palabras en El; El da el corazón nuevo, para sentir el ser de Dios en Cristo. Sólo el que es de la verdad puede escuchar la palabra de Dios (*Io.* 8, 44; 18, 37), es decir, sólo el que esté lleno del Espíritu de Dios puede aceptar su palabra. El creyente ha sido sacado del mundo, del abandono en la presunción del corazón y del egoísmo de la voluntad (*Io.* 17, 17-19). La verdad le hará libre: libre del poder del pecado y de la muerte (*Io.* 8, 23). Nadie queda violentamente incorporado a la vida trinitaria de Dios mediante la Palabra de Dios; porque ante todo es una *llamada de gracia* a aceptar la vida de Dios; es una invitación o incitación del amor divino a incorporarnos a él. La palabra de Dios, palabra de amor, se dirige al oído y al espíritu, a toda la persona del hombre, para obligarle. En Cristo nos habla Dios, el Señor. Su palabra obliga como ninguna. No vale tomar simplemente conocimiento de ella; escuchar la palabra de Cristo viene a ser lo mismo que encontrarse personalmente con El. Tal palabra debe ser obedecida en el hecho y realidad de la fe (cfr. § 21). Hay que obrar conforme a esa palabra. Dios, revelado en Cristo, en su obra y palabra, es el fundamento y la fuerza determinante de nuestra conducta (*Io.* 3, 21; *I Io.* 1, 16). Hay que caminar en esta verdad, que es la realidad de Dios revelada (*III Io.* 3) y dar testimonio de ella (*III Io.* 8, 12; *II Io.* 1-3). Quien no camina en la verdad, camina en la mentira (*I Io.* 1, 8). Al hombre sólo le es dado escoger entre caminar en la verdad de Dios, en su realidad revelada por Cristo, o en la mentira, en el mundo del diablo (*I Io.* 1, 8).

La palabra de Cristo obliga a todos los hombres, porque en Cristo nos habla Dios, el Señor. Si fuera sólo expresión de vivencias hu-

manas, sólo podría ser comprendida por los que tuvieran el mismo modo de sentir e imaginar. Pero en esas palabras nos habla Dios, Señor de todos, y todo hombre está sujeto a ellas (*Rom.* 1, 13-14; *Gal.* 3, 28; *Act.* 1, 8; cfr. § 21). Cristo no habla como un portador cualquiera de la Revelación, sino como quien ha visto y oído (*Io.* 8, 38; 3, 11-32; 7, 16-17); habla, pues, como Maestro (*Io.* 13, 13; *Mt.* 23, 10). A los discípulos sólo les queda realizar el Evangelio: para eso fueron llamados; no tienen que predicar su propia sabiduría, sino transmitir la palabra que les ha sido confiada. "Pues no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús, Señor; y cuanto a nosotros, nos predicamos siervos vuestros por amor de Jesús" (*II Cor.* 4, 5; *I Cor.* 9, 12; *Tit.* 2, 10; *Mt.* 28, 19; 10, 27; *Hebr.* 2, 3; *Io.* 17, 4.) (Cfr. G. Söhngen, *Ueberlieferung und apostolische Verkündigung (eine fundamentaltheologische Studie zum Begriff des Apostolischen)*, en *Die Einheit in der Theologie* (München, 1952, 305-23).

6. Lo que se nos ha revelado en Cristo y por El es el *misterio divino de nuestra salvación*. Se nos predica de nuevo en la palabra oculta del misterio. La palabra de Cristo participa del misterio que El mismo es (*Eph.* 1, 3-4). El misterio del plan salvífico de Dios llena las palabras de Cristo. Las palabras de Cristo son parte integrante de su misterio; de la realidad misteriosa que es Cristo. También la palabra de Cristo tiene la ley de la Encarnación: en el Hijo de Dios encarnado la gloria de Dios se vela y revela a la vez. De igual manera el Hijo de Dios hecho Logos y Palabra en la predicación de Cristo se vela en un encubrimiento desvelador y se revela en una potencia ocultadora. Ese hecho expresan las parábolas de Jesús. "Cuando Jesús habla del reino de Dios, habla del grano de mostaza, de la levadura, del lirio y del sarmiento, del agua y del vino, de los gorriones y de las águilas, de la sementera y de la cosecha, de los tesoros ocultos y de los ladrones nocturnos, de los criados infieles y de los administradores malvados, de hijos de reyes y de invitados a bodas, habla de cosas de este mundo, de las cosas diarias entre las que discurre nuestro vivir; habla del mundo a que estamos acostumbrados, porque moramos en él" (R. Grosche, *Pilgernde Kirche*, 1938, 45). Tal vez esta manera de predicar sirva para hacer comprensible lo incomprensible; así se presenta claramente a los espíritus más sencillos lo que sigue siendo impenetrable a los espíritus humanos más agudos. Pero las parábolas tienen también otro sentido. Dice el Evangelio de San Marcos: "A vosotros

os ha sido dado a conocer el misterio del reino de Dios, pero a los otros de fuera todo se les dice en parábolas, para que, mirando, miren y no vean; oyendo, oigan y no entiendan, no sea que se conviertan y sean perdonados" (Mc. 4, 11-12). La predicación de Jesús se hace asequible a los de buena voluntad e inasequible a los que tienen el espíritu y el corazón cerrados a Dios.

"El Verbo, revelado en la carne, enseña en parábolas el misterio del reino, que aparece en ellas como algo oculto que a la vez se va revelando; los caminos de Dios son inescrutables..., el reino de Dios se revela mediante el mismo Verbo de Dios; como algo oculto y que a la vez nos revela su "plan salvífico". Pero todavía no hemos captado del todo el "misterio" de la parábola; lo decisivo, lo que no puede entenderse ni psicológica ni pedagógicamente, sino como algo que se muestra en toda su inaccesibilidad, consiste en que la parábola revela el misterio que oculta en sí misma, del mismo modo que el Hijo de Dios se revela a sí mismo en el velo de la carne, es decir, lo mismo que se oculta de nuevo al revelarse" (R. Grosche, *o. c.*, 45-46).

Si Cristo ha redimido a todo el hombre con sus obras y palabras (cfr. § 154), puede decirse que con su palabra reveladora ha redimido al hombre del error, sobre todo del error religioso, y ha santificado y consagrado así toda búsqueda humana de la verdad, todo esfuerzo por conocer bien a Dios, *toda palabra humana*.